

V Domingo de Cuaresma “C”

6 y 7 de ABRIL del 2019

Pensemos en nuestros secretos más ocultos. Si hemos vivido durante algún tiempo, todos tenemos uno o más secretos; nuestros más escondidos pecados; nuestras más vergonzosas debilidades. Podría ser algo que hicimos hace mucho tiempo atrás, o algo con lo que estamos luchando en este momento. Imagínense que de repente este secreto de una falla humillante suya sale a la luz pública, y todos lo saben: nuestra familia, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, feligreses. ¿Cómo me sentería con esto?

Avergonzado. Enojado. Miedoso. Avergonzado por lo que hice. Avergonzado que me entregué a la tentación. Enojado conmigo mismo por mi debilidad. Enojado porque se hizo público. Miedo de lo que los demás puedan pensar de mí. Miedo por lo que pasará ahora que todo el mundo lo sabe.

Entonces imagínense que justo en este momento, Jesús se les aparece delante de tí. Él te mira directamente a los ojos y te confronta con tu pecado. Él te dirá: "Sé lo que hiciste".

Pero en lugar de venir a apuntarte con su dedo y condenarte, Jesús te da la oportunidad de darte una salida— una manera de poder comenzar de nuevo. Imagínate a él diciéndote: “Yo sé lo que hiciste. Y sé lo que estás haciendo ahora. Y, Yo aún te amo. No te condeno. Te perdono. Vete y ya no vuelvas a pecar más”.

Esto es básicamente lo que es la escena del Evangelio de hoy, y lo que le sucede a la mujer que fue empujada frente a Jesús por los fariseos y los escribas, acusada de haber sido encontrada “*in fraganti*” en el acto de adulterio. Ella había hecho un pecado grave que fue sacado a la luz. Empujada ante Jesús por esos líderes de Jerusalén y acusada de adulterio, estos oficiantes religiosos y su comunidad amenazaban con llevar a cabo la pena de muerte por tal pecado: apedrearla hasta matarla. Probablemente ella estaba experimentando muchas de las emociones con las que nosotros podríamos tener si se nos hubiera expuesto nuestros pecados más ocultos. Probablemente ya ella se había "arrojado piedras" de condena a si misma aún antes de que las autoridades judías trataran de recoger piedras para lanzárselas a ella en castigo.

Pero justo en ese momento de auto condena y desesperación, cuando ella pensaba que todo estaba perdido, Jesús viene y hace lo más inesperado. Jesús, el Señor y Juez del universo, no

emite una sentencia legal. Él no viene para condenarla o castigarla a ella por haber violado la ley. En cambio, Jesús la perdona y le ofrece una segunda oportunidad, un nuevo comienzo en la vida.

Jesús quiere hacer lo mismo con nosotros. La historia de la mujer es nuestra historia. Todos tenemos nuestras propias historias trágicas de pecado y fracaso, y de las cargas de culpa, vergüenza, miedo y dolor que viene con esto. Jesús quiere levantar esas cargas. Tanto quiere Él de derramar su misericordia sobre nosotros, perdonar nuestros pecados y darnos un nuevo comienzo. Él es el Dios de innumerables segundas oportunidades. “Dios no nos *anula*”— si pecas más de "una, dos o tres veces, tú ya estás fuera: no misericordia, ya no hay vida eterna para ti". Entonces, no te molestes ni siquiera trates de cambiarte. No tienes remedio— "Esta no es la voz de Dios. Esta es la voz del diablo. El nombre "Satanás", literalmente, significa "acusador". No, Dios está de nuestro lado, alentándonos, fortaleciéndonos e invitándonos a volver hacia Él cada vez que caemos, no importa lo difícil que sea la caída.

Aunque siendo perdonados, Jesús todavía nos llama a seguir la ley moral. Como Jesús le dijo a la mujer: “Vete y ya no vuelvas a pecar”. Debemos buscar el perdón de Dios por nuestros pecados y llevarlos al Sacramento de la Reconciliación junto con el deseo de hacer todo lo posible para evitar de no caer en el pecado nuevamente. Pero, lo más importante, recuerda cuánto Dios tiene sed por nosotros. Él quiere eliminar cualquier obstáculo que impida nuestra relación con Él. Es por eso que está tan dispuesto a perdonar. Todo lo que tenemos que hacer es recurrir a Él a través del Sacramento de la Reconciliación, aunque si hayan pasado años o décadas desde nuestro último encuentro con Jesús en este Sacramento, díganle a Él cuánto lo sentimos, y que sinceramente trataremos de ser mejor. Y si volvemos a caer, (y lo hacemos, incluso los mejores de nosotros), Él está ahí siempre para perdonarnos, levantarnos y embarcarnos en nuestro viaje hacia el Reino de Dios. En el proceso llegamos a ser libres, no solo de nuestros pecados, sino que experimentamos la sanación de nuestros miedos, heridas y auto condenación.

(Edward Sri. *Into His Likeness*. Ignatius Press / Augustine Institute, págs. 81-83)

“El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres”. (Salmo responsorial. Salmo 126)

Padre Jim Secora